

07

Siglo XXI, ¿el renacimiento de una posmodernidad global?

La asimilación técnica de la modernidad y el futuro de la civilización global

Joshua Lentulus Aivazian

joshualentulusmina@gmail.com



DESCARGAR ARTÍCULO 07 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.

Cómo citar este artículo · APA 7.^a edición

Lentulus Aivazian, J. (2026). Siglo XXI, ¿el renacimiento de una posmodernidad global?. Nueva Ola. Revista Académica y Política, 1(1), artículo 7.

La modernidad se define como el periodo histórico acontecido entre el fin de la edad media, con la caída de Constantinopla a manos del imperio Otomano en el año 1453, hasta nuestros días. A lo largo de los siguientes siglos se dieron una serie de innovaciones técnicas y científicas pensadas desde la excepcionalidad europea. Sin embargo, la excepción no hace a la exclusividad de una época vinculada a una civilización. Sino que esta va mutando, junto a las distintas unidades políticas que se le adaptan.

La modernidad dio origen a una técnica que condujo a importantes avances y descubrimientos en el campo de las ciencias naturales, lo que retroalimentaba la convicción utilitaria del antropocentrismo, y la “razón” como base de legitimidad de los posteriores proyectos imperialistas. La razón como fuente, y el individuo como sujeto en la modernidad, significó una ruptura con la tradición cristiana europea, y un cambio en la visión que se poseía del mundo. Las exploraciones ultramarinas iniciadas por los españoles y portugueses, se sirvieron del universalismo cristiano, convertido en un universalismo civilizatorio, en donde la cultura y la raza eran objetos de comparación y medición “empírica”, partiendo de la resultante primacía de una civilización sobre otra tras cada primer encuentro. Ello dio origen al relato del supremacismo moderno, con la calificación de “salvaje” de todo pueblo que no fuera idéntico al europeo en apariencia y costumbres.

Mientras los avances técnicos impulsaron transformaciones sociales y consolidaban mercados y extensas colonias de ultramar entre los siglos XV y el XX, con el uso extensivo de la máquina de vapor y luego los motores de combustión interna, otras civilizaciones se encontraban “retrasadas” o estancadas frente a dichos avances. Este “retraso” comparativo dio pie a la cosmovisión europea del progreso y su destino histórico de conducir el ascenso de la prosperidad humana. Sin embargo, este “retraso” no se trataba de un condicionamiento racial o climático, sino de un proceso paulatino de asimilación tecnológica en la que todas las sociedades se han enfrentado en algún momento de su historia.

Estas tecnologías, eran aplicadas en dos campos predominantes, el militar y el transporte, garantizando la expansión territorial del proyecto imperial. Un ejemplo de ello fueron los llamados “imperios de la pólvora”, que fueron tres extensos imperios islámicos en Asia central entre los siglos XIV y XVII. Los historiadores, William H. McNeill y Marshall GS Hodgson, acuñaron el término “imperios de la pólvora” al observar que tres vastos imperios, el Imperio Otomano, el Imperio Safávida y el Imperio Mogol, surgieron casi al mismo tiempo en la región.

Su expansión se debió gracias al uso de cañones, que podían derribar fácilmente los muros de los castillos, sofocando cualquier rebelión de los gobernadores, y la conformación de cuerpos de tiradores de mosquetes, lo que les permitió un aumento en la capacidad militar. El sultán otomano Murad I, (1362 a 1389), construyó el cuerpo de jenízaros, una fuerza armada con mosquetes, leales sólo a él. El fundador del Imperio mogol, Babur (1526-1530), usó mosquetes y cañones para expandir su imperio hacia la India central en 1526. El emperador safávida Abbas el Grande (1588-1629) reunió una fuerza de 12.000 mosqueteros y 500 cañones.

En occidente, durante el periodo de la modernidad, en cambio, nos encontramos con una singularidad que dio inicio a un nuevo proceso imperialista guiado por el comercio y la industria. Entre los siglos XVI y XX, a causa de la supremacía oriental del imperio Otomano, fueron expandiéndose las redes comerciales navieras de los florecientes imperios ultramarinos de Holanda, Gran Bretaña, Francia, Portugal y España, generando en simultáneo una competencia mutua que diversificó y masificó los asentamientos coloniales a lo largo del mundo.

El mercantilismo y la posterior revolución industrial significaron los fundamentos materiales de la singularidad moderna, que rompió con la tendencia de los imperios políticos terrestres. Ya que el poder político dejaba de depender de pactos con pueblos integrados a una unidad imperial, a cambio de tributos por protección, a pasar a depender del poder industrial productivo, de un Estado-nación. Esta nueva innovación política modificó las relaciones sociales, al integrar a los súbditos del rey a una

nueva identidad territorial, rompiendo con las distinciones culturales, a una educación que masificaba y controlaba los relatos de dicha identidad.

El siglo XIX, fue testigo de la primera asimilación imperial de la modernidad por fuera de Europa, los Estados Unidos y el imperio Japonés. Ambos países pasaron por un proceso de guerras internas que enfrentaban un modelo esclavista y de servidumbre, incompatible con un modelo de proletarización y desarrollo comercial de la modernidad, potenciada en su base material industrial. Japón asimilaba el contexto internacional, al poner fin a su política sakoku (país cerrado), emprendiendo un proceso de modernización llamado periodo Meiji. Logrando hacerse con las últimas innovaciones técnicas en armas, industria y transporte, les permitió emprender su proyecto imperial regional. En paralelo, Estados Unidos, con la conquista del oeste americano, se hizo con el control bioceánico de América del Norte. Gracias al ferrocarril y a una poderosa marina de guerra, emprendió un proceso de intervenciones militares en su región, y luego en Asia y Europa, dando origen al primer choque de proyectos civilizatorios de la modernidad.

Estos choques se fundamentaban en la diferencia originaria de los universalismos imperiales, conducidos por los distintos supremacismos nacionales. Así, el imperio británico, el germanico, el japonés, el norteamericano y el tardío imperio soviético, se enfrentaron a lo largo del siglo veinte por la supremacía ideológica de una modernidad que mutaba en sus elementos materiales y culturales más rápidamente que los imperios que afirmaban representarla. Las ideologías supremacistas en lo racial, la clase social y la fe, fueron menguando, mientras nuevos nacionalismos iban surgiendo, y una nueva percepción internacional.

Estas nuevas naciones, se encontraron, tras sus independencias, enfrentados en torno a tres posiciones desafiantes en la segunda mitad del siglo veinte. Una que veía en el mercantilismo un medio de desarrollo vinculado a las potencias occidentales, otra que rechazaba al capitalismo

como modelo de organización, y optaba por la concentración del poder político y económico en el Estado, y una tercera que buscaba un modelo soberanista de modernización. Esta tercera vía, tuvo su expresión ideológica en el maoísmo, que tras la unificación de China en 1949, inició un proceso de abrupta industrialización de carácter autárquico y antiimperialista, rechazando el modelo occidental.

Tras la disolución de la URSS y el auge de la comunicación digital, la robótica y la inteligencia artificial, la centralización económica y científica de los imperios modernos y los procesos soberanistas de asimilación de sus tecnologías, dan continuación, en el siglo XXI, de los procesos transversales de asimilación tecnológica. Sin embargo, estas asimilaciones encuentran una singularidad en la posmodernidad imperante, el cuestionamiento de sus fines. Una industrial mercantil basada en la explotación de los recursos naturales ha presentado sus límites en su imaginario proyecto de universalización. Mientras que potencias emergentes, partiendo de confederaciones y bloques regionales, cuestionan la primacía política de las antiguas hegemonías occidentales, institucionalizadas en los organismos internacionales de la segunda posguerra.

Con estos dos desafíos civilizatorios, se dará continuación a una posmodernidad y su futuro ordenamiento político, en un mundo más conectado que antes, acelerando los procesos de interdependencia, asimilación técnica y desarrollo social. Por lo que si en la premodernidad, hasta comienzos del siglo veinte, el imperio fue la unidad prevalente del poder político territorial, en la modernidad lo son los Estados nacionales, en un proceso de soberanías políticas interdependientes con las potencias occidentales, en la posmodernidad, con una ciencia y tecnología asimilada por naciones que cuestionan la supremacía cultural e ideológica occidental, ¿cuál será la consiguiente configuración territorial del mundo y bajo cuáles nuevas instituciones?. Estudiando el pasado, encontraremos las pistas del futuro de la civilización humana.